

## GUARDIANES

De nuevo en el campo de batalla. Tu rostro refleja una férrea determinación. Sujetas el mapa con firmeza, mientras estudias las líneas alemanas que mantienen bajo cerco la ciudad. Las órdenes son no retroceder. No hay necesidad de ellas. Tanto tú como yo, sabemos que no lo haremos. Nuestro deber es acabar con todo lo más pronto posible. Veo como se acerca un oficial, le dices algo que no escucho. Él te saluda y, dando la vuelta por el hombro izquierdo, se retira. Me miras, tratas de mantener una sonrisa, pero esta se evapora con la sacudida de la primera explosión. Ha llegado un nuevo día y con él, nuevos bombardeos alemanes. Me tiro en el piso, protegiendo la cabeza con las manos. Es una reacción normal ante una explosión. Cuando levanto los ojos, veo que tú sigues de pie. Ahora parado en la entrada, ojeas el cielo con los binoculares, tratando de divisar a las naves alemanas. La muerte de tu hermano te endureció mucho más. No sé en que te convertiste, pero emanas una fuerza imposible de describir. Ni siquiera con la muerte de Andrés reaccionaste así. Pero no confundo ese sentimiento con la venganza. La venganza es algo secundario. Aprendiste que en la guerra las pérdidas son inevitables.

Gritas algo a los soldados, ellos responden y comienzan a manejar el rifle antiaéreo. Me encuentro algo aturdido. Pero corro hacia ellos y trato de ayudar. Una ráfaga, otra. Los aviones pasan zumbando, el silbido mortífero de las bombas destroza los tímpanos y socava la moral. Con los dientes apretados, sigo disparando. Un avión da una sacudida y en seguida una estela de humo negro se desprende de su cola. Se va a pique. Tanto los soldados como nosotros, gritamos de alegría, pero no nos relajamos aún. Todavía hay más aviones que siguen bombardeando. Y, como en venganza, concentran el bombardeo en nuestra trinchera. Cubierto de humo, enloquecido por el olor pesado de la pólvora, las ensordecedoras explosiones y con la adrenalina taladrando cada uno de los poros de mi cuerpo, sigo disparando. No me doy cuenta de lo que pasa alrededor, hasta que de repente veo que estoy sólo. Los soldados que manejaban el otro rifle, yacen en el suelo, en un charco de su propia sangre. Una bomba explotó directamente en su posición. Aturdido, trato de reaccionar, y me doy cuenta que me es imposible manejar el rifle. Mi brazo derecho cuelga inerte a mi lado. La sangre gotea desde mis dedos. La nieve la absorbe gota a gota. Histérico, trato de mover el brazo. Después de varios intentos lo consigo. Entonces, miro alrededor, tratando de ver a alguien. Mi primera impresión, después de ver los cadáveres del pelotón, era que quedé sólo. Pero estupefacto, escucho tu voz, totalmente ronca, que exige a gritos algo por el teléfono. Estás tirado a la entrada del búnker, ambos pies ensangrentados. Exiges un apoyo aéreo a toda costa, pero tu voz no denota ningún histerismo. A pesar del dolor que debes sentir, es normal, aunque fría como el hielo. Al parecer, consigues lo que querías, porque me indicas que entre rápido. No entiendo porque pediste apoyo aéreo, pero en el silencio que nos

inunda al interrumpir los alemanes el bombardeo, distingo voces y ráfagas de metrallera, además del monótono rugir de los panzers. Nos atacan por tierra. Tan absorto estaba en derribar un avión, que no pensé en la siguiente táctica de los alemanes.

En la soledad del búnker, te abrazo y rezo por que el apoyo aéreo no demore en llegar. El rugir de los tanques y la gritería de los soldados se acercan cada vez más. Disparos aislados se escuchan por todas partes. Son los restos de nuestro batallón que todavía presenta batalla. Grupos aislados de hombres, que prefieren luchar hasta la última gota de sangre, hasta la última bala, hasta el último suspiro, que rendirse ante el invasor. De cierta forma me alegro que nos tocara participar en la defensa de la desmoralizada Unión Soviética y no en el bando de los nazis. Tal vez sea mi moral, pero no sería capaz de apoyar a las fuerzas de Hitler, aún sabiendo las consecuencias que esto tendría para nuestro planeta.

Cuando las voces se acercan aún más, saco mi mauser, reviso las balas que tiene. Quedan seis. Puedo hacer cinco disparos, porque prefiero guardar la última para mí. No quiero correr la suerte de Andrés. Y cuando todo lo doy por perdido, un rugido de motores nos indica que nuestros aviones, por fin, alcanzaron nuestra posición. Se escuchan gritos de pánico y disparos apresurados. Los alemanes buscan refugio, mientras las bombas empiezan con su macabra labor y sus explosiones remueven cada centímetro del ya socavado terreno. Gritas algo que no logro escuchar. El ruido me llena los oídos, penetrando hasta en el último rincón de mi cerebro, convirtiendo todo en silencio. El suelo se sacude y pedazos de tierra caen sobre nuestras espaldas y golpean las cabezas. El mortífero silbido de las bombas al caer, hace que los tímpanos estén a punto de estallar y el miedo envuelve el cuerpo y rezas por que esa bomba no caiga sobre tu propia cabeza y termines aniquilado por tus propias fuerzas.

Más el tiempo pasa. El ataque de los aviones es corto, pero efectivo. Las fuerzas alemanas terminan por retirarse, dándonos un momento de respiro y la posibilidad de reorganizar nuestras fuerzas. Rompo un paquete individual y trato de vendarte las piernas. A esta altura, mi brazo dejó de importar, ya que la herida no sangra más. En cambio tú estás acostado en un charco de sangre y la mortal palidez de tu cara me asusta. Pero no dejas escapar ni un gemido, mientras rasgo los pantalones y comienzo a vendarte. Son dos heridas feas, pero no peligrosas. Las balas atravesaron las partes carnosas sin tocar el hueso. Caminarás.

Todo esto se realiza en silencio, a la espera del primer timbrado de teléfono de nuestros superiores, pidiendo un informe de la situación para mandar refuerzos. Pero el teléfono está muerto. Alguna bomba destruyó el cable, en sólo Dios sabe que punto. Después de vendarte, decido ir a reconocer el terreno, y si acaso, restablecer la comunicación. Te apoyo contra la pared de tierra. Recojo mi mauser y por enésima vez recuento las balas. Las mismas seis. Me armo de valor y luego de mirarte por última vez - estás con los ojos cerrados y la cabeza inclinada - abro la puerta y busco un punto de apoyo para salir de la trinchera. Ya afuera, me doy cuenta de los destrozos causados tanto por los alemanes, como por nuestros propios aviones. Cadáveres por todas partes, pedazos imposibles de reconocer, ensangrentados y mutilados; lo que antes eran seres humanos. El humo parece

brotar de las entrañas de la tierra, la cual presenta el aspecto de un campo de arado de gigantes. Ahora entiendo porque no tenemos comunicación: sería imposible encontrar un cable de más de diez metros de largo en cinco kilómetros a la redonda. Es el resultado del bombardeo.

Camino por ese campo de horror, tratando de encontrar a alguien o algo con vida. Se escuchan gemidos por todas partes, pero en ninguna dirección en especial. Me parece que me vuelvo loco, más trato de guiarme por el gemido más cercano, hasta que veo a un hombre, enterrado hasta la cintura en la tierra, quien sujeta con una mano el gorro de otro hombre muerto. Es de los nuestros. Desesperado, me tiro de rodillas y trato de ayudarlo. Le levanto la cara que está cubierta de sangre. Histérico, grito pidiendo al médico, sin darme cuenta, que es el médico de nuestro batallón el que se encuentra frente a mí. Y lo que al principio me pareció un montón de tierra sobre su cuerpo, era la sangre que se volvió negra a causa del polvo y la pólvora. Había perdido las piernas a causa de la explosión y mientras sostenía su cara, tratando de limpiarla, expiró.

Y yo seguía acariciando su rostro, totalmente perdido, sin darme cuenta todavía que estaba muerto...



## I

No pasó mucho tiempo en realidad. Tan sólo unos cuantos años, en los cuales nada importante sucedió. Por lo menos así fue como nos lo explicó Xillen, cuando regresamos. Al parecer Heitter aún no había regresado y nosotros lo adelantamos. Ahora quedaba claro que él era el jefe del bando enemigo, por que no hubo ningún ataque en su ausencia. Pero era tedioso ver pasar el tiempo, sin que nada importante ocurriese. El tiempo se convirtió en algo, aunque preciado, monótono. Pasábamos nuestros ratos libres conversando, filosofando e imaginando. Curiosamente, dejamos de jugar Dungeons. El resto de tiempo, lo empleábamos en ayudar en la aldea y en mejorar lo posible en el empleo de armas. Pero, aunque para mis amigos esa tranquilidad parecía normal, a mí me sacaba de quicio. Estaba acostumbrado a la guerra, al constante peligro y a la idea de la muerte. Más ahora, los años pasaban volando. Le comuniqué mis temores a Xillen, pero ella tan sólo me dijo:

— Disfruta el momento, porque lo que tiene que llegar, llegará. No busques desesperadamente lo que se encuentra al alcance de tu mano y quizás signifique un peligro mortal. Por que tu título de guardián, implica pocos ratos como estos.

Como siempre, no entendí la mitad de lo que me decía, pero decidí seguir su consejo y me sumergí en esa pacífica vida que llevábamos. Con sorpresa, lo primero que noté fue el cambio que se producía en la aldea. Al parecer, los habitantes evolucionaban con las batallas ya que ahora, en lugar de las viejas casas de madera, se erguían casas de piedra y en uno que otro rincón un palacio. Es increíble que no me diera cuenta de ello. Tan absorto en ganar las batallas, me limité a llegar, comer y dormir. Para al siguiente día, lanzarme de lleno en un nuevo combate. No sólo las edificaciones cambiaban, también los hombres. Sus modales, sus cortesías, sus vestidos; se acoplaban. Lo único que permanecía igual, eran los rostros de esas personas con las que convivíamos.

A la larga, esos detalles no importaban. El hombre avanzaba a la par con la tecnología. A medida que la razón evolucionaba, todo lo que rodeaba al hombre también. Miguel estaba contento al poder corregir, en muchas ocasiones, los errores de aquellos hombres y mujeres que se desarrollaban intelectualmente. Andrés lo hacía con humildad, pero con una terquedad, amor y fuerza que en algunas ocasiones asustaban a su interlocutor, obligándolo a emprender una digna retirada. Por mi parte, prefería mantenerme alejado de ese bullicio intelectual que se había apoderado de la aldea y evitaba los encuentros con los aldeanos refugiándome en el bosque.

El río que había denominado "El de la Ye" la primera vez, ahora era mi amigo favorito y pasaba días enteros en su orilla. Me encantaba escuchar el rugir del agua y, sentado a la sombra de un roble de proporciones gigantescas, disfrutaba del simple hecho de ver el agua correr. La Naturaleza, tal y como la percibí en mi primera visita, se convirtió en mi escudo y espada. Pero de vez en cuando, Xillen me acompañaba, pues a ella también le gustaba la quietud bulliciosa de la Naturaleza. Muchas veces trataba de decirme algo, para arrepentirse a media

palabra y volteaba la cara, como si nada. En una ocasión, mientras caminábamos por la orilla en dirección a mi roble favorito, ella por fin se decidió:

— Enrique, — dijo para comenzar, lo que me asustó, ya que siempre se refería a mí en tercera persona y nunca me había llamado por el nombre de pila. — No sé si entiendas lo que te voy a decir, más ya no aguanto la curiosidad y, aprovechando que mi papel de imparcial se suspendió por un momento, te quiero pedir un favor.

— Dime, Xillen, — contesté intrigado, mientras arrancaba una hoja de un arbusto. La hoja cedió con facilidad y el arbusto se balanceó como si reprochase mi acto.

— Siempre ha sido el mi deseo oculto, visitar alguno de los mundos que existen. Puesto que los observo desde mi posición, más incapaz he sido de penetrar en ellos para incorporarme en su vida diaria, quisiera conocer el como conviven entre ellos... — Dejó la frase en suspenso. Pero yo no entendía a lo que ella se refería.

— No entiendo lo que me quieres decir, Xillen. — Llegamos al roble, así que me encaramé en la rama más gruesa, como acostumbraba, y Xillen ocupó su sitio habitual entre las raíces, donde las hojas formaban un mullido colchón.

— Como era imparcial, — comenzó a explicarme con paciencia, jugando con una ramita, — no podía dejar este mundo. A la espera de los guardianes que siempre llegaban, tenía que permanecer aquí. Me encontraba obligada a mantenerme en la mitad de toda ideología, teología, discusión, política, deseo, amor, desacuerdo, filosofía e infinidad de cosas más. Por ello mismo, por que sería correr un riesgo para mi papel, no podía ir a ningún mundo, ya que al permanecer en uno u otro, llegaría a tomar cariño a sus habitantes...

— Créeme, Xillen, que también odio. — Dije con pesar, pensando en Heitter.

— Sí, también odio. — No me miró, pero sentí que interpretó correctamente el sentido de mis palabras. — Más ahora, no estoy en mi papel de imparcial y me gustaría conocer tu mundo, amigo mío...

Parecía pedir mi aprobación. ¿Qué quería decir esto? ¿Acaso una diosa como ella, dependía del deseo de un desgraciado mortal para salir de un plano e ir a otro? Eso no era posible. No cabía en mi cabeza esa posibilidad. Pero existía la posibilidad de que regresara a su papel de imparcial. Por mal que fueran las cosas en este momento, era una posibilidad. Si eso ocurriera, tendría un gran significado para ella el conocer e interactuar con seres de un mundo para con el cual ella, supuestamente, debería ser imparcial.

— ¿Crees que sea lo correcto? — Pregunté, tratando de que ella misma me diera la respuesta que yo buscaba con desesperación.

— No lo sé. Tus razonamientos son correctos y, si es que algún día vencemos, puede ser que mi visita influya de cierta manera en mi papel. — ¡Maldita sea! Me olvidé por completo de una de las facultades de esa mujer. Ella leía el pensamiento, si así lo quería. — Pero esta es mi única oportunidad de conocer un mundo por dentro. Quisiera que tú me lo enseñaras. Podría ir como lo haces tú, pero para entenderlo mejor, me sería propicio que uno de sus habitantes me lo enseñara.

El silencio fue mi respuesta. Antes de que Xillen terminara la frase, algo fuera de lo común llamó mi atención. Los pájaros que anidaban en la otra orilla levantaron vuelo desordenadamente. El silencio se impuso, como si los habitantes del bosque no aprobaran la presencia de algún intruso. Me levanté con rapidez y busqué mi espada. Le indiqué a Xillen que guardara silencio y tratando de hacer el menor ruido posible, me deslicé por la orilla del río, ocultándome entre los arbustos que lo rodeaban. El silencio se hizo insoportable a medida que el tiempo pasaba. Xillen, comprendiendo que algo andaba mal y sin hacer ruido, se arrastró hasta donde me encontraba. Con un ademán le indiqué los arbustos del otro lado del río. Definitivamente algo ocurría en esa orilla, por que el continuo movimiento de las hojas daba la impresión de todo un ejército que se movilizaba. Como no había viento, era fácil seguirlos. Se dirigían al mar.

— Bueno, — susurré a Xillen, — parece que se acabaron las vacaciones.

— No respondiste a mi pregunta, amigo mío. — Replicó ella, ignorando olímpicamente mi frase anterior.

— Xillen, me obligas a tomar una posición.

— Sí.

— No puedo. — Respondí después de un silencio forzado. — No puedo. — Repetí con desolación.

— ¿Puedo saber por qué? — No había emoción alguna en su voz. Ni siquiera algo altivo o inconforme. Tan sólo una fría imparcialidad que me bañó de pies a cabeza.

— Xillen, te tengo por amiga. — Empecé a decir una evasiva. No quería llevarla por razones obvias, pero tampoco decirle que no, así no más. Nuestra amistad de años estaba en peligro por un estúpido capricho. — Y quiero mantenerte como tal, por eso es que no te puedo decir el motivo.

— Si tienes miedo de perder mi apoyo por la respuesta que puedas darme, descuida, que eso no pasará. Recuerda que soy un guardián como ustedes y por ello no puedo permitir que nuestra confianza y relación se debilite abriendo una brecha emocional ante el enemigo por una respuesta.

— Al contrario. — Respondí con amargura y me senté. Recogí una piedra y la lancé con fuerza al río. Rebotó varias veces antes de llegar a la mitad y hundirse. — De cierto modo, Xillen, por más que hayas observado durante eones nuestro mundo, mantienes una inocencia respecto a la naturaleza humana. Tu condición de imparcial te ha salvado, precisamente, de penetrar más en lo que ocurre. Pero si te empapas de la realidad por la que nosotros pasamos, cambiarás, sin duda. Eres inocente en este momento. Eres, como nos lo explicó ese ser al principio de todo esto, como Dios antes de la explosión del Universo. Si vienes a nosotros, te puedes ensuciar y si esto ocurre, todo en este mundo cambiará.

— Es cierto lo que dices, amigo mío. Tu preocupación por mí me conmueve, más quiero conocer. Quiero saber lo que en realidad ocurre, lo que en realidad se siente, lo que en realidad pasa. — Su tono de voz comenzó a subir sin llegar a ser grito. Tan sólo estaba tomando una fuerza que nunca antes sentí. Me tomó por sorpresa.

— Xillen, por el amor de Dios, el conocimiento es peligroso. El conocimiento es el principal motivo por el que ocurren las guerras. Es el motor que mueve todo y esclaviza al hombre a medida que conoce más. ¿Por qué crees que el conocimiento es nuestra recompensa? — No me respondió así que continué. — Porque es algo que nosotros siempre buscamos, siempre anhelamos. Desde el principio, el hombre se distinguió de los demás animales precisamente por el conocimiento. Y el conocimiento es poder. Tú, que observas el mundo desde arriba, ¿por qué crees que existen potencias que dominan a otras? Porque tuvieron el conocimiento necesario para crear unas armas con las que aterrorizan al resto de la población. Por eso es que nosotros, nos matamos toda la vida estudiando, porque tenemos la necesidad física de tener un poco más de conocimiento para imponernos a los demás. Vamos al colegio, a la universidad, después una especialización. ¿Por qué? Porque al tener el conocimiento necesario, podremos trabajar en compañías de gran alcurnia, o quizás, trabajar para uno de esos gobiernos que dominan al resto del mundo.

— Pero eso ocurre ya que ustedes lo utilizan para destruirse, en lugar de convertir su mundo en algo mejor.

— ¿Crees que eso es posible? — Pregunté con ironía y una triste sonrisa reflejada en mi rostro. Tomé una delgada rama y comencé a partirla en pequeños trozos. — Precisamente, el desarrollo del conocimiento depende de la competencia del hombre. Todo desarrollo tecnológico acelerado nace en las guerras que el mismo hombre se encarga de desarrollar. Y cuando no hay guerras o algo que sacuda al hombre, este se estanca, pero al hacerlo, no dura mucho tiempo así y entonces, él mismo crea los problemas necesarios que casi siempre terminan en guerra.

— Es tu opinión, amigo mío. Tal vez la vida en tu mundo te ha tratado mal para que tengas esa opinión sobre los de tu clase. Más ahora, sabiendo los motivos que te impulsaron a darme la negativa, no te incomodaré más. — Xillen se levantó y comenzó a caminar en dirección a la aldea. — Tenemos que prepararnos para un nuevo enfrentamiento. — Dijo sin más y se perdió entre los árboles.

¿Que enfrentamiento?! Después de que ella me revolviere el alma de esa manera, no pensaba en nada más que nuestra conversación. Me sentí culpable, inútil y cobarde por no aceptar llevarla a conocer nuestro mundo. Sin embargo, así como estaba seguro de que ella era una diosa, no permitiría que terminara como nosotros. Prefería que siguiera pura y no manchada de nuestra envidia, complejos de inferioridad, odio y arribismo.

Seguí sus pasos tratando de alcanzarla y explicarle lo que estaba pensando. Sentía que la conversación quedó a medias y no quería dejarla así.

Empecé a correr.

Cuando llegué al pueblo, no tuve la oportunidad de estar a solas con ella. Se encontraba siempre con mis amigos. Miguel se sentía feliz por el cercano enfrentamiento y no hacía más que lanzar mandobles a un poste de madera. Andrés, en cambio, se encontraba silencioso y pensativo, tocando con una mano su cicatriz. Acostumbrados ya a mis continuas desapariciones, ni siquiera se

molestaron en preguntarme donde estaba. Miguel me saludó y enseguida lució una finta que me pasó rozando la cabeza. Tengo que reconocerlo: me cogió de sorpresa. Pero él olvidaba que esas fintas no le servirían de mucho en un combate cuerpo a cuerpo en medio de una multitud. Eso era para los duelos, donde un hombre contra otro se enfrentaban, sin esperar que de un momento a otro un sablazo traicionero de un tercero, que perforaría la espalda y saldría por el frente.

Recordé la explicación de Xillen acerca del modo en que se llevarían las batallas. Dijo que no debían ser cuerpo a cuerpo. Tal vez por eso es que sobrevivimos en contra de todas las posibilidades. Rompimos esa regla. Luchamos cuerpo a cuerpo en la primera batalla y yo seguí siempre al frente de mi ejército durante mi estancia sin mis amigos en este lugar. Heitter tan sólo se puso al frente en la primera batalla, y en esa ocasión casi mata a Miguel. Después de todo, no jugábamos según las reglas impuestas y ello nos ayudó. Pero el otro bando ya debería percatarse de que algo andaba mal. Y yo rezaba por que tomaran una decisión al respecto lo más tarde posible.

Me acerqué a Andrés. Se encontraba sólo y pensativo y no quería que estuviese de mal humor antes de la batalla. La experiencia me enseñó que para realizar bien cualquier cosa, se necesitaba una mente despejada de toda duda.

— ¿Qué más? — Le pregunté, mientras me acomodaba a su lado.

— Nada. — Fue su lacónica respuesta.

— ¿Por qué esa cara? — Insistí.

Él no me respondió de inmediato. Miró el cielo, como si lo grabase en su memoria y después el horizonte, buscando el punto donde la tierra se unía con el cielo.

— Tengo miedo. — Respondió con sencillez.

Esa respuesta no me tomó por sorpresa. Tuve esa conversación en muchas ocasiones, con diversos soldados de mi ejército. Era normal tener miedo y así se lo expresé.

— No es sólo eso, Enrique. — Me respondió con la mirada fija en el horizonte. — Más que miedo, es una premonición. Algo horrible va a pasar. Estoy tan seguro de ello que puedo palparlo.

— Ello puede ocurrir, en verdad. — Escuché la voz de Xillen a mi espalda, pero no volteé. — Los sentidos de los hombres llegan a su máximo en este mundo y alcances que antes permanecían ocultos, afloran sin siquiera ustedes darse cuenta hasta que sea demasiado tarde.

— ¿Quieres decir que se le despertó el sexto sentido? — Pregunté incrédulo, mientras miraba a mi amigo. Estaba absorto, como hipnotizado, concentrado en el horizonte.

— Es posible.

No dije nada. Esperé la reacción de Andrés. Miguel se dio cuenta de que algo fuera de lo normal ocurría y se acercó al grupo que formamos. Preguntó con una seña lo que ocurría, pero no le respondí. Andrés seguía viendo el horizonte y para mi horror, me di cuenta que se le puso la piel de gallina. De pronto, comencé a sentir eso también. Una sensación de frío que provenía del norte me envolvió. Miré a Miguel para saber si él también lo sentía y así era. La expresión de su



rostro lo explicaba sin necesidad de preguntar. Xillen miró también el horizonte y dijo:

— Ya ves, amigo mío, que no sólo el conocimiento es vuestra recompensa.

Al principio no entendí que se dirigía a mí, pero entonces comprendí y dándome vuelta le grité en la cara:

— ¿Y qué demonios crees que es esto, ah? — Y sin esperar respuesta, me dirigí a enfrentarme con toda esa maldad que emanaba del norte. Miguel y Andrés, aunque no entendieron palabra de lo que hablamos, me siguieron, y al poco tiempo eso mismo hizo Xillen.

## II

Atravesamos el bosque en un silencio absoluto. Aunque tanto Miguel como Andrés se dieron cuenta de que algo no marchaba bien, mantuvieron un respetuoso disimulo. Yo evitaba el contacto con Xillen y eso se notaba. Pero ella tampoco me buscaba. Me imagino que acostumbrada a permanecer siempre en la mitad y dar consejos únicamente cuando se los pedían, no tomaría la iniciativa. Bueno, ella quería conocer como era la vida ahí abajo y le proporcionaba una muestra. Sin embargo, me sentía sucio. Sentía como si con mi actitud profanara algo sagrado, cometiendo un sacrilegio. Pero no me importó. Me comportaba como un verdadero terco, lo sabía, me asustaba y a la vez me alegraba de hacerlo. Estaba cansado de ser utilizado por estos seres superiores para su propio provecho y quería vengarme de esta manera tan mezquina, pero sabiendo que por lo menos en esta ocasión no tenía que seguir su juego.

El día desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Demasiado rápido para mi gusto. Nada extraordinario pasó, sin contar que a medida que nos acercábamos, la sensación de maldad se hacía cada vez más fuerte. Hubo momentos en los cuales se nos dificultaba caminar, por que temblábamos del físico terror que nos inspiraba esa maldad. Pero la presencia de Xillen entre nosotros disminuía el poder de esa sensación sobre nosotros, nos calmaba los temblores e infundiéndonos valor, nos obligaba avanzar hacia ella. En ciertos momentos quería acercarme a para indagar sobre esa reminiscencia, más mi propia tozudez me mantenía alejado.

Pero al fin llegó la noche y con ella la oscuridad que aumentaba nuestros temores e inquietudes. Preparamos una hoguera y nos sentamos a su alrededor. Como ninguno tenía hambre, no se preparó cena y tan sólo tomábamos a cortos sorbos un brebaje que me enseñaron a preparar los druidas durante mis batallas con las huestes galas. La hoguera resplandecía con fuerza, inspirándonos un poco de seguridad. Al poco tiempo, el sueño comenzó a vencernos uno a uno. Echamos suerte para ver a quién le tocaba hacer la primera guardia y recayó en Andrés. Nos acomodamos sobre el suelo y en seguida nos dormimos, mientras que nuestro amigo se apoyaba contra un árbol para hacer su turno.

El suave toque de Andrés me despertó. Todavía era de noche y quedé desconcertado al principio. Me indicó con un ademán que guardara silencio y se inclinó sobre Miguel y enseguida sobre Xillen, repitiendo el mismo procedimiento. Nos reunimos cerca de la hoguera, que ahora estaba apagada. Susurrando, nos explicó que a unos cien metros se encontraba una patrulla de algún ejército. Al preguntarle Miguel si era el enemigo, Andrés se encogió de hombros.

— Bueno, tendremos que investigar. — Dije, resignándome a los hechos.

— Son de los nuestros. — Replicó Xillen y sonrió. — ¿Acaso los nuevos poderes que adquirieron esta mañana no les dicen nada? La maldad no emana de ese ejército que se encuentra cerca. Está más allá. — He indicó con la cabeza al norte.

Nos sentimos un poco avergonzados, pero no replicamos.

— Ya está amaneciendo. — Rompió el incómodo silencio Miguel. — Esperemos a que amanezca del todo y nos reunimos con el ejército. — Se recostó contra el árbol y cerró los ojos. — No quisiera que nuestra propia avanzada nos eliminara, confundiéndonos en la oscuridad con el enemigo.

— Eso no pasará. — Repliqué.

— ¿Cómo estás tan seguro? — Miguel era definitivamente un terco.

— Ellos nos esperan a nosotros. Recuerda que nada pasará mientras nosotros no nos encontremos en el campo de batalla, frente a un ejército. — Le expliqué.

— Eso no es del todo cierto, amigo mío.

— ¿Qué quieres decir con eso, Xillen?

— Siempre existe la posibilidad del enfrentamiento, exclusivamente entre guardianes. En otras ocasiones ya ha pasado. — Xillen se mostraba demasiado reacia para mi gusto. Su modo de tratarme cambió desde nuestra conversación. Yo lo sentía y me dejaba un mal sabor en la boca.

— Bueno, ¿entonces qué hacemos? — Preguntó Andrés.

Nadie respondió a esa pregunta. Xillen y yo evitábamos dar una respuesta y Miguel, sintiéndose entre dos fuegos, también calló. Andrés nos miró, suspiró y recogió una manta del suelo.

— Ya que nos vamos a quedar un rato, voy a dormir un poco mientras alguno hace guardia. Buenas noches. — Y se acostó.

Miguel nos miró otro rato y luego siguió el ejemplo de Andrés. Quedamos ella y yo, enfrentándonos. Nos miramos durante lo que pareció una eternidad. No había rencor en las miradas, pero sí una notable incompreensión. Encendí de nuevo la fogata.

— ¿Qué es lo que te pasa, Xillen? — Pregunté, mientras la encendía.

— Nada, amigo mío. Más he pensando en tu respuesta y me duele reconocer que del todo no me satisface. Tal vez ello se refleja en el mío comportamiento para contigo. Si así es, te pido disculpas. — Dijo con la sencillez de una niña.

— No tienes porque hacerlo. Yo también fui grosero contigo y pido perdón. Pero entiende, Xillen, que lo que dije es por tu bien. Conozco la humanidad, puesto que formo parte de ella, y no quiero que su influencia te deje marcada. — Ella trató de decir algo, pero no se lo permití. — Piensa que nosotros, tarde o temprano regresaremos, pero tú permanecerás aquí.

— Agradezco tu preocupación por mi bienestar, amigo mío. Más tengo que aprovechar esta oportunidad que se me presenta, por vez primera, en muchos siglos. Ya tomé la decisión y así decidas acompañarme o no, iré. — Se sentó en la tierra fría y comenzó a reanimar la hoguera. — Siento mucho que mi decisión te afectase de esta manera y entiendo la angustia que sientes. Iré de todas maneras. — Dijo de modo cortante sin permitirme objetar de nuevo.

El silencio fue largo. La madera que alimentaba el fuego comenzó a crepitar y la luz arrancaba sombras de nuestros rostros, lanzándolas a la oscuridad. El amanecer estaba al alcance de la mano y el bosque comenzó a despertar. Me acerqué al fuego, de cuclillas, y extendí las manos buscando el calor de las llamas. Intentaba tomar una decisión respecto a Xillen. Podía dejarla ir sola a mi

mundo, pero temía por su seguridad y la interpretación que le daría a los actos que nosotros cometemos diariamente sin preocuparnos, pero que le afectarían directamente. Sin embargo, esa forma de exponer su deseo, lo convertía poco menos que en una orden. Sentía que era mi obligación acompañarla y no quería. Tal vez por egoísmo, pero no quería. La miraba, mientras que ella, recostada al lado de la hoguera, se perdía entre las llamas que danzaban alegremente.

— Bueno, Xillen. — Dije con pesar y una pizca de remordimiento. — Si es así como te sientes, nada puedo hacer al respecto. Pero yo no quiero ir, no porque no quiera acompañarte sino que cada vez que regreso, me destrozo mentalmente. No quiero volver hasta que todo termine.

— No te obligo a que me acompañes, amigo mío. Interpretas mal mis palabras.

— Esa es una de las cosas que aprenderás cuando llegues a mi mundo, Xillen. Una misma frase tiende a tener un sinfín de significados. Y estos pueden ser mal interpretados...

Quise completar la frase, pero me interrumpí. Al fin y al cabo no había necesidad de explicarle, cuando ella aprendería a su modo. Me recosté en el suelo y, apoyándome en los codos, miré el cielo. Las estrellas comenzaban a desaparecer entre la luz del amanecer que se cernía sobre nosotros. La luna, más pálida de lo acostumbrado, se despedía del mundo hasta la siguiente noche, con su fantasmal fulgor.

— ¿Crees que encontraremos a Heitter, por fin? — Pregunté.

— No lo sé, amigo mío. Así como él puede encontrarse entre aquellos con los que nos vamos a enfrentar, así como no. Entiendo que es tu deseo el destruirlo con la mayor presteza posible, ya que entiendes que así se acabará este enfrentamiento. — Hizo una pausa, lanzó una rama a la hoguera y continuó. — No es así. Hay otros guardianes y tendrás que enfrentarte a ellos también para acabar con este enfrentamiento, hasta una nueva ocasión.

— Eso ya lo sé, Xillen. Pero también sé que Heitter es el jefe de ellos. — Ella me lanzó una mirada inquisitiva. — No me mires así. Eso lo sé desde hace mucho tiempo. Él es quien los organiza y dirige. Presiento que eliminándolo, nuestras posibilidades incrementarán. — Miré la hoguera, concentrándome en las llamas. — Tal vez tengo una obsesión con Heitter. Es verdad que me siento traicionado, herido y un sinfín de cosas más. Pero también fui testigo de cosas que jamás creí posibles. Todas estas se desarrollaron ante mis ojos... aquí. No tengo una explicación lógica para ellas, además de la que tú me das... Pero él es mi preocupación principal y con su muerte, encontraré la paz que estoy necesitando...

Ella escuchó mi pequeño discurso en silencio y no dijo nada. Tampoco insistí en que lo hiciera. Era difícil reconocer para mí la necesidad de eliminar a Heitter. Hasta ahora, esa posibilidad surgía cuando me sentía furioso o afligido. Nunca analicé la situación con sangre fría, como ahora.

El anaranjado color que tomó de repente el cielo, nos informó de la llegada del amanecer. El astro rey salía perezosamente, iluminando el mundo con su cálida luz, invitando a despertarse y disfrutar de un nuevo día. Miguel abrió los ojos tan pronto la luz posó sus débiles pétalos sobre ellos. Miró a su alrededor y se levantó para saludarnos. Andrés luchó un poco con el amanecer, dándose la vuelta y

hundiendo la cara en el pasto, más el mismo bosque, con sus ruidos matinales, se encargó de regresarlo a la realidad, del mundo de los sueños en el que se refugiaba. Gruñó malhumorado, pero después de varios intentos fracasados, también se levantó.

Después de unos cuantos sorbos de un brebaje que preparó Xillen, mientras Andrés se despertaba, nos dirigimos hacia la patrulla que nos esperaba.

### III

Era la época medieval.

A pesar de que nos adelantamos casi mil años en la historia, no lo lamentaba demasiado. Era cierto que nos acercábamos cada vez más a mi temor primordial que era la época atómica. Pero también era cierto que prefería luchar con armas más avanzadas que las utilizadas hasta ahora. Claro está que no era demasiada la diferencia: seguían siendo espadas, lanzas y flechas. Sin embargo, el acero ya estaba inventado e implementado en el material bélico que se utilizaría. También me sentía emocionado. Al fin y al cabo, la época medieval es el sueño dorado de todo jugador de AD&D. Esa era la razón primordial por la que se jugaba. También tenía en cuenta que a pesar de ser la época medieval, difería mucho de nuestros sueños. Y que los monstruos imaginarios como dragones, unicornios, gigantes, ogros y trolls, eran inventos de los hombres. Tal y como lo dijo Xillen, el hombre tendía a convertir un acto maravilloso en leyenda, añadiéndole algo por su propia cuenta.

Salimos a un claro y lo primero que nos impresionó fue el resplandor de la armadura de los caballeros que nos esperaban. Los caballos, también cubiertos de una cota de mallas, golpeaban el suelo con sus cascos, nerviosamente. En total, eran cinco caballeros. Cada uno sostenía el yelmo en la mano izquierda, mientras que en la derecha descansaban las riendas. Detrás de ellos, un refugio levantado por sus escuderos ostentaba en su entrada dos banderas. Una roja y la otra negra, cada una con un león sobre sus cuartos traseros por escudo, intentando arañar a su vecino. Miguel, Andrés y yo, quedamos de una pieza. No sabíamos qué decir ni cómo comportarnos, tanto así nos afectó la visión de esos caballeros. Con gusto quedaríamos ahí durante horas, observando con fascinación aquel espectáculo que deleitaba nuestros ojos, pero Xillen nos sacó del letargo saludando a los caballeros con una inclinación de cabeza:

— Bienhallados, nobles todos.

Ellos le respondieron de la misma manera.

— Su majestad os está esperando, — señaló uno de ellos y dando la vuelta le indicó con una seña a su escudero que hiciera algo. Segundos después, el rapaz traía consigo cuatro magníficos caballos, con el equipo de caballero asegurado a su montura.

— ¿Su majestad? — El susurrar de Miguel me sorprendió.

— Todo es posible, — le respondí con un balbuceo, tras una pequeña vacilación. — Peleé bajo el mando de Cesar, en la época romana. — Le aclaré.

Mientras tanto, Xillen se acercó a uno de los caballos y lo montó con gracia y agilidad. Miguel intentó seguirla, pero a falta de práctica lo hizo con cuidado. Afortunadamente, no tuve el mismo problema que Miguel y salté con agilidad sobre el caballo. Este pateaba el suelo rabioso y roía con fuerza el freno. El animal tenía un genio de los mil demonios, que no tardé mucho en averiguar. Pocos segundos después de que lo montara, se encabritó lanzándome por lo aires y luego, como si nada, se alejó con un trote perezoso.

Y eso fue lo último que vi de aquella pintoresca escena, además de Andrés corriendo hacia mí, gritando algo; ya que al caer, golpeé con la cabeza una piedra y me desmayé.

Cuando desperté, sentía un horrible dolor en la base de la nuca, un zumbido constante en los oídos y los músculos del estómago adoloridos. Me encontraba en una sala cuyas paredes cubrían pieles de animales que no logré identificar. Era bastante acogedor. Varios velones se encargaban de alumbrar débilmente la habitación. Era de noche y la luz de la luna penetraba como un ladrón por la ventana, robando espacio a las sombras y desalojándolas del lugar.

Me encontraba acostado sobre más pieles y su hospitalario abrazo era algo difícil de dejar a un lado. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, tanto físico como mental, me levanté. No había nadie en la habitación y me preguntaba qué pasó con mis amigos. Entonces, a través de ese zumbido que ensordecía mis oídos, escuché el lejano sonido de una batalla. El entrechocar del acero se trastocaba con los gritos de los combatientes y se confundía con el rugido de una tormenta lejana. Avancé tambaleándome a la puerta, tratando de encontrar a alguien que me explicara lo que ocurría, pero me sentía débil y perdí el equilibrio a unos pocos metros de la puerta. Quedé sentado en el piso, mirando la puerta, sin fuerzas siquiera para pedir ayuda. A través del monótono ruido de la batalla, escuché golpes secos, rítmicos, que retumbaban por el castillo, haciendo vibrar el piso. Poco a poco, esa vibración se convirtió en un débil zumbido, el rugir de la batalla se alejó despacio, la luz de los velones decreció y las sombras se apoderaron de mi campo de visión.

Perdí el conocimiento, de nuevo.

Cuando desperté por segunda vez, era de día. De nuevo en la cama, cubierto por las mismas pieles. El cuarto solitario, como la primera vez. Más ahora, en lugar del rugir de la batalla, se escuchaba el silencio y de vez en cuando, un gemido o un grito desgarrador lejano, que se deshacía en lágrimas, perdiéndose en la distancia. Al parecer la batalla concluyó y nosotros ganamos. Me sentía mejor. El zumbido en las orejas desapareció y el dolor del abdomen disminuyó. Sentía un hambre atroz, así que me levanté, todavía con paso vacilante, y me dirigí a la puerta con la intención de dar con la cocina y conseguir algo para mi quejumbroso estómago.

Al abrir la puerta, me di cuenta de que estaba en una torre. Todavía no encontraba a nadie, pero ahora los gritos y gemidos se hacían más fuertes. Y ese lúgubre silencio, interrumpido por el dolor, comenzó a deshacer lentamente mi buen humor. Al parecer, la batalla fue ganada por nosotros, pero a un precio muy alto. Mis sospechas se materializaron en una penosa realidad cuando llegué a la planta baja y descubrí el espectáculo que se desarrollaba.

El piso estaba repleto de cuerpos tirados sin orden alguno, en medio de charcos de sangre. Armaduras, que antes servían para proteger esos cuerpos, ahora se habían convertido en trampas mortales, teñidas de rojo y negro y con

hierros afilados y retorcidos apuntando ferozmente ora fuera, ora dentro de esos cuerpos.

Como aves negras, con los ojos hundidos por el cansancio y expresando un horror e incomprensión rayanos a la demencia, varias mujeres revoloteaban entre esos cuerpos, cargando de aquí para allá baldes con agua sucia y trapos empapados en sangre.

Varios sacerdotes, en medio de ese horror, trataban de hacer algo, pero lo único que conseguían era estorbar a esas mujeres que corrían de un lado para otro desesperadas, sin ver, sin saber a ciencia cierta lo que ocurría a su alrededor. Y ese tan sólo era un cuarto del castillo, donde se atendía a los caballeros. No imaginaba siquiera lo que ocurría en lo que antes fue el campo de batalla. Así que, haciendo un gran esfuerzo por mi parte, terminé de bajar los escalones que me faltaban y, apartando a un sacerdote del camino, comencé a ayudar.

Llevaba baldes con agua y limpiaba los rostros y heridas de los abatidos. Me pregunté fugazmente por el estado de mis amigos, pero esa idea desapareció tan rápido como apareció. Lo primordial era socorrer a los heridos y a eso me dediqué.

Nos llevó un largo tiempo. A medida que el cuarto se fue desocupando, al llevarse en camillas tanto a los muertos como heridos, la escena semejaba un matadero. Me sentía cansado. Me dolían los brazos y la cintura, y el zumbido en las orejas apareció de nuevo. Me senté en los escalones, tratando de recuperarme. Miraba ese horror y no daba crédito a mis ojos. Claro que vi cosas peores, más en esos momentos causaba la muerte y destrucción y no socorría a los caídos, como ahora. Cuando el arrepentimiento llegaba, era en el pueblo, en el campamento de los vencedores, con una jarra de cerveza en la mano y completamente borracho.

Me levanté con evidente esfuerzo. Busqué la salida y seguí a dos hombres que llevaban un último cuerpo. Llegando al patio, nos separamos. Ellos llevaron al muerto más allá de las puertas del castillo, mientras que yo quedaba de una pieza al ver la destrucción que me rodeaba y a Miguel, sentado encima de una carreta medio quemada, sosteniendo un pañuelo ensangrentado contra su mejilla. El pañuelo había absorbido toda la sangre de la que era capaz, y ahora dejaba escapar el preciado jugo de la vida gota a gota.

Miguel mantenía los ojos cerrados y los labios apretados con fuerza. Sin embargo, no gemía. Parecía ensimismado antes que abrumado por el dolor. Me acerqué lentamente y le puse la mano en el hombro. Levantó los ojos sobresaltado y los bajó al reconocirme.

— ¿Está bien? — Le hice la misma pregunta estúpida que una vez le hice a Andrés.

— Sí. — Respondió entre dientes y después de un silencio, agregó: — Bonito lugar en el que aparecimos... ¡Justo en medio de un asedio!

— ¿En qué época estamos? — Hice caso omiso de la queja.

— Por el modo en que pelean y por el léxico, asumo que en el siglo noveno o décimo.



— No puede ser. Las armaduras de los caballeros que nos recibieron no corresponden a la época.

— Esas armaduras no tienen nada que ver. Lo que usted vio no era acero, pero bajo la luz del sol, parecía bastante bueno. Pero no es así... — Levantó la mano con el pañuelo, dejando al descubierto una fea herida. — Lo averigüé del modo difícil. No le recomiendo dejarse coser en sano juicio, hermano... El ruido que produce la aguja al penetrar su propia carne, es la cosa más tenaz que uno puede escuchar... Le juro que me olvidé del dolor cuando me cosían...

Me sentía incómodo. Mientras mis amigos se mataban ahí afuera, yo estaba acostado con tranquilidad en una cama de pieles.

— ¿Dónde están Xillen y Andrés? — Pregunté.

— Andrés probablemente está muerto... Xillen fue a buscarlo fuera de las murallas. — Respondió sin ninguna emoción, mientras arrancaba un trapo medio sucio y lo reemplazaba por el pañuelo. — De nuevo nos encontramos con Heitter, — agregó como si nada y una sonrisa lobuna cruzó por su rostro. — ¡Espero que de esta no salga!

— ¡¿Cómo que muerto?! — La última parte de la frase de Miguel a penas llegó a mis oídos.

— No es seguro, hermano. — Me tranquilizó Miguel. — Estábamos en plena batalla y en el último asalto de los chicos malos, nos tocó bastante duro. Los tres estábamos cerca, separados no más de tres metros cada uno, cuando atacaron. Uno de ellos atacó a Xillen y ella tropezó con algo y perdió el equilibrio. Andrés fue a ayudarla cuando apareció Heitter. Yo no me había dado cuenta todavía, pero Andrés sí. — Suspiró, como si lamentase algo. — Le lanzó un mandoble a Andrés. El tenía la mano del escudo extendida para ayudar a Xillen a levantarse y esa fue la mano que le cortó el desgraciado... Yo me había volteado en ese momento y lo vi todo: la espada de Heitter que daba una finta en el aire al cercenar el brazo; la cara de incredulidad de Andrés, mirando el muñón ensangrentado; el horror en los ojos de Xillen, sosteniendo todavía el brazo cortado de Andrés... — Miguel hizo una pausa, cambió de posición sobre la carreta y continuó con su desgarrador relato. — Heitter quiso rematarlo, pero Andrés reaccionó y paró la estocada. Cayó al piso por el esfuerzo y Heitter lo hubiera rematado con otro golpe, entonces yo me tiré encima de Heitter. Le juro que apuntaba a la cabeza, pero el desgraciado se movió... — Rió de mala gana. — Le abrí un tajo bastante grande en la espalda y él se desplomó, creo que sin sentido. Andrés en ese momento estaba sentado, tratando de improvisar un torniquete... Yo quería rematar a Heitter para asegurarme, pero sus guardaespaldas cayeron sobre nosotros. Mientras luchábamos con ellos, se lo llevaron...

— ¡Me importa un carajo Heitter! — Aullé. — ¿Qué pasó con Andrés?

Miguel levantó la cabeza y por primera vez en toda su explicación me miró directamente a los ojos.

— Si supiera, se lo diría, ¿no creé? — Pero como seguía sin comprender, aclaró. — Cuando nos atacaron los guardaespaldas de Heitter... nos alejamos... en medio de la pelea.... del lugar en el que todo sucedió. Cuando quise volver por

él, tocaron retirada. — Dijo con lentitud y separando las sílabas. Me di cuenta de que se encontraba al borde de su paciencia, así que lo dejé en paz.

— Voy a ver si encuentro a Xillen. — Le dije a modo de despedida y me dirigí al puente levadizo.

Miguel no respondió. Se limitó a encogerse de hombros y cerró de nuevo los ojos. Lo miré durante un rato, tratando de entender esa impasibilidad respecto al destino de nuestro amigo, pero dándome por vencido, me dirigí hacia el puente.

Al salir, se descubrió ante mí el desolador espectáculo de los restos de un campo de batalla. Restos, que por primera vez veía con ojos cuerdos y la cabeza fría y no bajo la furia de la adrenalina hirviendo en mis venas y con el vaho aliento de la muerte sobre la cabeza.

El verdor de los campos que rodeaban el castillo, se convirtió en un gris sucio, con manchas rojas por doquier. Cadáveres de hombres y caballos, yacían a lo largo y ancho del campo frontal y figuras negras y grises vagaban como fantasmas, tratando de identificar entre esos cuerpos, el que le era querido.

El mismo Cielo, como si reprobara aquella acción del hombre, se tornó en azul oscuro, casi negro, que se convertía en rojo al rozar con el horizonte; y las nubes volaban raudas, llevadas al oeste por un viento frío y sombrío, que se metía entre las vestimentas de los caídos, haciéndolas revolotear, como si con ello estos cuerpos daban su último adiós a esta tierra, de la cual fueron arrebatados por la fuerza, en una muerte indiferente y cruel.

Me detuve observando todo eso, tratando de asimilar la cruda realidad de la masacre. Miré con ojos trastornados, buscando un sitio desde el que buscar a Andrés.

No lo había.

Resignado, imité a esos fantasmas y comencé a vagar entre los cuerpos, llamando de vez en cuando a Andrés y Xillen.

## IV

Me tomó bastante tiempo encontrarlos. Deambulé entre el horror durante lo que me parecieron horas, confundiendo a Xillen con los fantasmas, y cuerpos destrozados, con Andrés. Cuando distinguí a lo lejos a Xillen, cargaba sobre sus hombros a mi amigo. Me apresuré a ayudarlo. El peso del cuerpo hacía que ella doblara sus rodillas y avanzara despacio. Temí lo peor. Corrí a ellos tropezando con cuerpos y armas, perdí el equilibrio por dos veces y finalmente caí de bruces frente a Xillen.

Ella no me reconoció al principio. Tenía los ojos hundidos y bien marcados en el rostro. Realizaba el último esfuerzo, y estaba en el límite. No obstante, depositó el cuerpo de Andrés con cuidado en suelo, y después de asegurarse que su postura era cómoda, se dobló en dos y vomitó.

— ¿Cómo se encuentra? — Le pregunté, cuando terminó.

— Perdió mucha sangre, pero todavía vive, amigo mío. — Respondió con una voz desprovista de vida.

— ¿Cómo te encuentras, Xillen? — Me recliné sobre Andrés e intenté cargarlo sobre mi espalda.

— Agradezco tu preocupación, amigo mío, pero tan sólo me encuentro cansada. — De hecho parecía exhausta, pero no dije nada.

Cargué en silencio a Andrés e iniciamos el camino de regreso. Mi amigo pesaba como mil demonios y vagamente entendía el esfuerzo que realizó Xillen para agotarse de esa manera. Ella me siguió con paso cansado y vacilante, casi sin ver por donde caminaba. Parecía al borde de desfallecer.

— Mejor espera aquí. Llevaré a Andrés y se lo encargaré a Miguel. Regresaré por ti.

Ella me miró con rencor. Pero no dijo nada. Se limitó a sentarse al lado de una carreta volteada. Había madera desparramada alrededor. Seguramente se traba de materiales para realizar un ariete.

— Regresaré dentro de un momento, Xillen. — Le sonreí, tratando de animarla, pero fue una sonrisa falsa y desprovista de vida, en medio de toda esa muerte. Acomodé mejor el cuerpo de Andrés y, sin mirar atrás, me dirigí hacia el castillo.

Encontré a Miguel en el mismo sitio. La herida había dejado de sangrar y él estaba acomodado en su típica pose, con los ojos cerrados, encarando el cielo. Aunque su cara no refleja preocupación alguna, bajó apresuradamente de la carreta al verlos. Sin decir palabra se acercó y me ayudó a acomodar a Andrés en el suelo.

— ¿Dónde está Xillen? — Preguntó con voz firme.

Me tomó tiempo responder. Estaba medio ahogado después de cargar a Andrés hasta el castillo.

— Está agotada... la dejé atrás... tengo que volver... por ella ahora... — Logré balbucear, mientras boqueaba en busca de aire.

Miguel me miró de hito en hito y comenzó a caminar hacia el puente levadizo.

— Yo la traeré. — Miguel arrojó esas palabras con arrogancia sobre el hombro.  
— Cuide que curen a Andrés.

— Espere.

— ¿Qué? — Él se dio la vuelta, visiblemente molesto.

— Usted no podrá encontrarla. — Él le restó importancia a mis palabras con la mano y se encaminó de nuevo hacia el puente. — Es en serio, — insistí, — me tomó un largo rato encontrarlos. Y eso que se dirigían al castillo.

Miguel vaciló y aproveché ese momento de debilidad.

— Iré yo. — Dije y sin esperar réplica, lo dejé atrás, todavía tratando de decidir lo que debía hacer.

A medida que caminaba, pensé que después de todo, a pesar de que Miguel quería aparentar ser frívolo, no lo era. Su preocupación por Xillen era bastante evidente y el afán por ponerla a salvo, confirmaba su buen corazón.

Al principio temí equivocarme de lugar, al no ver a Xillen en ninguna parte. Más a medida que me acercaba, distinguí su silueta, apoyada contra la carreta volteada, las piernas encogidas, la barbilla escondida entre las rodillas y las manos abrazando las piernas en un gesto de protección. Tenía los ojos bien abiertos, llenos de incredulidad e incomprensión, mirando el horror que se extendía ante ella.

Me acerqué despacio, casi como si temiera sacarla de su letargo. Ella no levantó la mirada. Ni siquiera se movió. Comprendí que estaba en una especie de shock y con cuidado me senté a su lado.

Permanecemos en silencio largo rato. El sol salió por unos minutos, pero las nubes lo ocultaron, como si no quisieran que éste viera el desastre.

— ¿Cómo es posible que esto ocurriese, amigo mío? — Ella me sobresaltó al hablar con una amargura inenarrable, en un tono apagado.

— No lo sé, Xillen. — Respondí atrapado al no saber a qué se refería.

— ¿Cómo es posible que hombres destrocen a los hombres por cosas tan banales como un territorio o una religión? — Aclaró ella.

Me tomé mi tiempo para responder. En mi cabeza todavía estaba fresca la conversación que mantuvimos en el bosque y deducía que por su estado de ánimo en este momento, sería desastroso regresar al tema.

— Esa ha sido la gran interrogante en mi tiempo. Y lo que es más grave, sigue pasando.

— ¿Por qué?

— No lo sé.

— ¿Por qué? — Insistió ella y me miró directamente a los ojos. Ese brillo insistente de sus pupilas en busca de una respuesta, me dejaron sin aliento. Había en esos ojos un tono de firmeza mezclada con incomprensión que nunca vi en esa mirada que conocía como la más dulce en todo el Universo.

— Por lo mismo que siempre, Xillen. El poder. ¿Por qué más se matarían los hombres?

— ¿Poder? — Preguntó ella atónita. — ¡Pero en la mente de cada quién el poder está! Somos energía que conforma el Universo y el poder reside en ello. ¿Cómo asesinar a alguien por algo que ya se tiene?

— No es el momento, ni el lugar para hablar de ello, Xillen. — Acoté con firmeza. — Tienes que descansar. — Dije y quise tomarla del brazo para ayudarla a levantarse. Ella se soltó bruscamente.

— ¡No! El momento y el lugar son ahora. — Se acomodó contra la carreta en la posición en la que la encontré. — Ahora dímelo.

No me dejé otra opción. No era la mujer tranquila y con una respuesta para toda pregunta que conocí. En ese momento se comportaba como una niña mal criada.

Pero ella tenía derecho a serlo.

Le di la espalda, mientras las ideas se organizaban en mi cabeza. Buscaba la mejor forma de dar inicio a la explicación. Es más fácil cuando alguien te pregunta la razón por la cual se enfrentan diferentes grupos. Pero la pregunta de ella encerraba a toda la humanidad...

— El hombre se enfrentó desde el principio de su existencia. Imposible definir con certeza el *por qué*, como tú quieres que lo haga. Comenzó a enfrentarse por comida, después por el fuego, luego por la vivienda. Con el tiempo, los motivos de los enfrentamientos dejaron de ser tan simples como esos. El hombre, a la vez que repudia el enfrentamiento, no puede evitarlo. Estableció unas leyes para sortear esos enfrentamientos, pero no todos estaban de acuerdo. Esto generó más guerras y, a pesar de que siempre se intenta detenerlas, surgen más y más motivos, los cuales el hombre utiliza como excusa en su afán belicoso. Tales son la religión, que es el más usado; la territorialidad, el nacionalismo, el patriotismo y un sinnúmero de cosas más. La novedad más reciente que el hombre implementa como motivo para iniciar una guerra o enfrentamiento, es la política. Y todo esto es ocasionado por la recompensa que ustedes ofrecen a los guardianes... — Dije la última frase sin mirarla, pero sentí su mirada clavándose en mi espalda. — El conocimiento. Es lo que genera la necesidad de poder, pues al saber el hombre que con esto o aquello será más poderoso, que será superior a su congénere, sin importar el campo en lo que eso ocurra, lo implementará para lograrlo. La necesidad de sentirse superior, gracias a nuestra propia inteligencia, nos obliga a estar mejor preparados para la mayoría de sucesos que nos deponga la vida. Y si el hombre ve que otro tiene un conocimiento o un poder, entonces trata de imitarlo y si no puede, sustraerlo; y si eso también falla, entonces utiliza el medio bélico...

— No entiendo lo que quieres decir, Enrique. — Dijo ella y yo no di crédito a mis oídos. ¡Ella no comprendía lo que yo explicaba! Generalmente era al revés...

— Mira... — dije complacido en cierta medida, por tener que explicarle algo. — Tomemos como ejemplo la época en la cual el hombre descubrió el fuego...

— Sí.

— El hombre en esa época no era sedentario, sino que vivía en grupos nómadas. Entonces, digamos que un grupo de esos descubre, ya sea por accidente o usando su bien desarrollada materia gris, el fuego.

— En cierta medida, ocurrió como tú dices, amigo mío. — Por su tono de voz y las palabras utilizadas, entendí que volvió a tomar control de sí misma.

— Ese grupo está protegido de las fieras por las noches, cocina la comida, utiliza el fuego como arma y muchas cosas más... — La miré, pero ella no dijo nada. — Cuando otro grupo se entere de una u otra manera lo relativamente bien que viven los que tienen fuego, ¿qué crees que intentarán hacer?

— Posiblemente irán a vivir con los del otro grupo.

— Te equivocas, Xillen. Si te ubicas en la época, te darás cuenta que ellos eran nómadas y un grupo numeroso representaba algunas desmejoras en el sentido alimenticio. Tal vez intentarán pedirlo, pero lo más probable, intentarán robarlo. Y ello traería como consecuencia las represalias del otro grupo.

— No entiendo.

— Por el simple motivo, de que no todos los miembros del grupo saben hacer el fuego. Pocos son los conocedores del misterio mágico de la creación del fuego, porque de esta manera inspiran respeto a los demás miembros y reciben el trato dioses, o por lo menos como sacerdotes engendrados por ellos. Los del otro grupo, si no lo saben, lo averiguarán tarde o temprano, por que al apagarse el fuego robado volverían por más. Entonces, su siguiente paso lógico, sería amenazar de alguna forma a que se les enseñe a manejar el fuego, lo que daría como resultado una pequeña guerra.

— ¿Por qué?

— Los *hijos de dios*, que saben utilizar el fuego, ordenarán a sus subordinados que no permitan que esto pase. Inventarán una justificación de cualquier tipo para hacer prevalecer su condición divina y no cumplir la voluntad de unos extranjeros advenedizos. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

— En cierta forma lo entiendo, amigo mío. Sin embargo, también sé que no todos los hombres son tales como los quieres mostrar. Y puedo citar como ejemplo a ti o a tus amigos.

— Es cierto lo que dices, Xillen. No todos somos así. Pero todos tenemos esa chispa. Unos, más brillante que otros. Y los que nos damos cuenta de las verdaderas consecuencias de las guerras, no tenemos voz, pues esos dioses retenedores de poder, no nos permiten alzar la cabeza más de lo que ellos desearan. Si alguien lo intenta... Puedes imaginar las consecuencias...

El silencio fue la respuesta. Se levantó lentamente. Tenía un porte digno y orgulloso, a pesar de que su figura se notaba cansada y triste. Comenzó a avanzar hacia el castillo, cuyas luces se veían a lo lejos, dándonos su posición en medio de la noche que se avecinaba.

— ¿Esa es tu razón al no querer que yo visite tu mundo? — Dijo, después de dar unos cuantos pasos.

— Es una de las razones. Pero a decir verdad, no quiero que tengas una imagen equivocada de nosotros. Como tú misma lo dijiste, no todos somos así.

Ella se dio la vuelta y me sonrió con ternura. Esa era la Xillen que conocía y la que recordaría.

— Recuerda que a pesar de ser guardián, fui imparcial y lo seré cuando llegue de nuevo esta necesidad, amigo mío... Podré ver a través de los disfraces y las

máscaras que acostumbran a ponerse vosotros, los humanos. He tratado con vosotros durante mucho, mucho tiempo y aún me cuesta entenderos. Esa es la principal motivación que me empuja a visitar el suyo mundo. Y la imagen vuestra está clara para mí. La fuerza del espíritu que se mueve en vuestros cuerpos me ha llevado a formar parte de vuestro grupo, arriesgando todo lo que conozco. Vosotros podéis derrotar al que se interponga en vuestro camino, no por intereses personales, sino por el bienestar del su planeta y la suya raza. Y lo más impresionante, lo que me ha tocado en el fondo, es que no queréis, ninguno de vosotros, recompensa alguna...

Ella dijo esto sonriendo. El tono de su voz había bajado y en el punto culminante de su pequeño discurso, pareció tener una transfiguración, y detrás de ella, pude percibir con nitidez al ser que nos recibió en la primera y segunda sesión, después de nuestro viaje a este mundo.

¡Ella era ese ser!

Y era lo más lógico. Hasta ahora, pensé que el que nos recibió, fue uno de los maestros de nuestro bando, sin embargo, ¿qué hacía Heitter con nosotros?

— ¿Tú, eres Él? — Susurré la pregunta en un tono a penas audible.

— Eso es cierto, amigo mío. — Su voz recobró su tono habitual, lo mismo que su léxico.

— Y, ¿lo qué dijiste de los humanos, también es cierto? — Me encontraba anonadado, sintiéndome como un verdadero estúpido, sin permitir que esa idea se acomodase en mi cabeza.

— Sí, lo es. Los habitantes de otros mundos tan violentos como ustedes no son. Llevan vidas pacíficas, casi todo el tiempo. Por eso es que ustedes, los humanos, en estos enfrentamientos son los líderes. Para ustedes, la guerra es un arte; para otros, es la personificación del mal. — Sentenció con cara seria.

No pensé en responderle. Tenía la razón. Nosotros mismos denominábamos la guerra un arte, entonces, ¿cómo demonios queríamos acabar con ella? Miré alrededor, dándome cuenta de lo irónico de la situación. Criticamos la guerra en medio de un campo de batalla, sembrado de cadáveres y con la muerte misma siendo nuestro testigo mudo, quien escuchó la conversación sin interrumpir una sola vez. Me estremecí ligeramente...

— Después de todo, Xillen, lo único que quiero, es salir vivo de esta experiencia. — Dije con pesar. — Será mejor que nos vayamos, Miguel estará desesperado.

Ella asintió y me siguió hacia el castillo.

— Heitter sigue vivo. — Fue la frase con la que me recibió Miguel.

Estaba sentado con comodidad junto al fuego, en medio de una montaña de pieles. Tenía la cara vendada en esta ocasión. Se había recién bañado y la luz de la hoguera reflejaba extrañas figuras en el pelo húmedo. Xillen fue a tomar un baño y a cambiarse y yo, tras hacer una visita a Andrés, me disponía hacer lo mismo.

— ¿Cómo lo sabes? — Pregunté incrédulo, pero me quedé helado a media frase.

Lo sentí.

La misma sensación que percibí en el pueblo, emanaba del norte. Hacia allá se retiraron las huestes de Heitter, después del asedio.

— ¡Ese hijo de puta! — Exclamé con furia.

— Eso no es todo. — Miguel decidió echar otro baldado de agua fría sobre mi ya maltrecho estado de ánimo. — Tendremos que retirarnos, Enrique. Es peligroso seguir aquí.

— ¿Qué?

— Nos atacarán. — Miguel hablaba con seguridad. — Y esta vez no resistiremos el ataque.

— ¿Por qué?

— ¿Es que no lo sientes? — Preguntó, extrañado.

— No. — Respondí. Así era en verdad. Además de la acostumbrada emanación del mal que se sentía del norte, no notaba nada extraño. — ¿Qué pasa?

— Tal vez sea porque estás cansado... — Dijo como para sí mismo, tranquilizándose. — Esa fuerza que se siente, aumentó. Creo que se debe a que llegaron más guardianes. Implica mayor número de fuerzas enemigas. Nosotros sufrimos considerables bajas en el último encuentro y no resistiremos otro.

Me senté cansadamente a su lado. ¡Maldito Heitter! Si por lo menos esperara una semana...

— ¿Cuándo crees que sea conveniente?

— Lo mejor será mañana mismo. — Respondió Miguel con rigidez. — Si conozco a Heitter como creo, se daría cuenta de nuestra capacidad. El ataque se interrumpió por que su general cayó, pero nosotros no emprendimos la persecución, lo que habla sobre nuestras capacidades. En otra ocasión, contando con mayores fuerzas, perseguiríamos a Heitter. No lo hicimos y es un mensaje para ellos. Sinceramente, no creo que aguantaríamos media hora más si no tocan retirada. — Miguel llevó la mano a la venda, tocándose la herida. — Quisiera hacerlo esta misma noche, pero hay que dar un suspiro a los heridos.

— Muchos morirán, Miguel.

— Lo sé, pero no hay remedio. Llevemos a los que podamos, si queremos una victoria en el futuro. — Miguel se envolvió más en las pieles, preso de un pequeño



escalofrío. — Pero tampoco es que esto tenga alguna importancia... Algunos de los heridos no aguantarán esta noche.

No lo miré. Sabía que tenía razón. Muchos eran heridos de gravedad y aún en nuestra época, sería un verdadero milagro salvarlos. Me senté al lado del fuego. Todas las ganas que tenía de tomar ese baño, se esfumaron. Miré los troncos de roble que se consumían entre las llamas, como si estos pudiesen darme la solución al problema.

— ¿Crees que Andrés lo logrará? — Pregunté sin convicción.

— No lo sé. Perdió mucha sangre. Necesita una transfusión, pero no existen los medios. Ni siquiera sé su grupo sanguíneo. — Miguel se recostó y comenzó a mirar el techo. — Todo depende de su fuerza de voluntad. Si tiene ganas de vivir, lo logrará... — Él quería imprimir seguridad a sus palabras, pero faltó fuerza y me miró casi con culpa. — No lo sé. — Dijo, después de un largo rato.

— Pero hay una cosa, Miguel...

— ¿Qué?

— ¿Dónde iremos? — Comencé a analizar la situación con cabeza fría. — Tenemos demasiados heridos y no los dejaremos aquí. Tampoco podemos llevarlos a todos... Creo que sería mejor quedarnos y resistir el asedio.

— ¿Estás loco? — Miguel se levantó bruscamente de las pieles y me miró con incredulidad y sorpresa. — Nos aniquilarán. Mañana por la noche no habrá nadie vivo, como para contar lo sucedido. — Pero como no respondí, continuó con furia, — es mejor que nos retiremos. Conseguiremos fuerzas suficientes en los alrededores como para enfrentar ese ejército. Son demasiados... ¿Es que no lo sientes? — Gritó.

— Sí, lo siento y por eso es que prefiero quedarme.

— ¡Maldita sea! ¿Por qué?

— Por el simple hecho de que si salimos, nos cazarán mañana mismo y presentaremos batalla en campo abierto, con pocas fuerzas, con gente cansada y seremos eliminados. — Dije con excesiva tranquilidad que exasperó aún más el ánimo de Miguel.

— ¡Carajo! ¡Nos matarán aquí también! — Gritó y su grito retumbó en las paredes, asustando a los guardias que se asomaron por la puerta, con espada en mano. Yo les indiqué que salieran.

— Cálmate... Piensa en la situación. Nosotros, aunque pocos, tenemos una ventaja: los muros del castillo. Son bastante fuertes. Resistiremos durante mucho tiempo y hasta existe la posibilidad de derrotar a Heitter. Tenemos agua en abundancia. La fuente viene de un río subterráneo y no es posible que la envenenen. Nuestra única preocupación será la comida, pero espero que el asedio no dure tanto.

— ¿Crees que Heitter es bruto? — Miguel comenzó a dar vueltas por la habitación como un tigre enjaulado. — ¿Crees que nos atacará de frente? ¡Él se limitará a esperar allá afuera a que nos muramos de hambre o terminemos por comernos los unos a los otros!

— No. — Respondí, extendiendo las manos hacia el fuego.

— ¿Cuál es el motivo de esa seguridad? — Miguel dejó de caminar en círculos, se acercó y se puso de cuclillas, buscando mis ojos con los suyos.

— Los soldados se aburrirán si no hay acción. Si van a cercar el castillo, dentro de tres días habrá una gran cantidad de borrachos entre el ejercito de Heitter. Y si él impone mano dura, habrá un motín.

Miguel me miró atónito, pero comprendió lo que le decía. Se sentó con las piernas cruzadas y comenzó a estudiar de nuevo el techo. Duró varios minutos sin decir nada. Yo no quería interrumpir su meditación. Me dediqué a escuchar el murmullo del fuego, crepitando en la chimenea. Parecía un ser vivo, tratando de salir a como dé lugar del encierro impuesto por el hombre.

— ¿Cómo estás tan seguro de que hará un cerco? — Preguntó por fin.

— No lo estoy. — Contesté con pesar. — Es más, de lo que estoy seguro es que nos atacará. Tiene una gran cantidad de fuerzas y por lo visto, él quiere acabar con esta contienda tan rápido como nosotros. Hará lo imposible por lograrlo y no le importará perder la mitad de su ejército en el intento. Lo del cerco es una remota esperanza que tengo. Todo dependerá de nosotros... — No lo miré al decir esto, pero quería que entendiera la importancia de la frase. — De nosotros tres...

— No estoy seguro, Enrique. — Miguel parecía más calmado y su tono de voz volvió a la normalidad. — Tenemos una oportunidad de escapar, pero quieres que nos quedemos a enfrentarnos con una muerte segura... Recuerda que el premio gordo es quedar vivo... — Dijo, refiriéndose al papel de los guardianes.

— Lo sé. Creo que estoy alargando la vida que nos queda. No sé si salgamos vivos de esta, pero de lo que estoy seguro, es que nos eliminarán si salimos del castillo. — Me di la vuelta al escuchar el chirrido de las bisagras de la puerta. Era Xillen. — ¿Recuerdas la primera batalla? — Pregunté a Miguel. — También nos superaban en número, pero vencimos. Vencimos por que teníamos una cosa a nuestro favor y era la mala disposición del ejército de Heitter.

— ¿Eso qué tiene que ver con nuestra situación actual?

— Mucho. Ahora también tenemos una cosa a nuestro favor: el castillo. Perderemos a un hombre por tres o cuatro de ellos, si sabemos como organizarnos...

— Eso es cierto, amigo mío. — Me interrumpió Xillen. — No es fácil tomar un castillo si este tiene fuertes muros y un general con espíritu pujante que inspire entusiasmo a sus hombres. — Nos deslumbró con su acostumbrada sonrisa. — Un hombre, cuando se lo propone, realiza proezas que un ejército no puede.

— Xillen, — Miguel la encaró, — si nos matan, se acabó, ¿recuerdas?

— Lo recuerdo, amigo mío. Pero también recuerdo que si no lo hacemos, perderemos por igual. Sería una batalla ganada por el bando contrario. Ello implicaría que tendrían más fuerza y más almas pasarían a el su bando.

— Bueno, — Miguel rumió un poco la idea antes de soltarla, — me quedaré con ustedes. Al fin y al cabo, lo único que me interesa de esto, es eliminar a Heitter. Si él lo hace primero, por lo menos moriré en el intento.

— Entonces, será mejor que revisemos las posiciones, amigos míos. Esta noche tenemos mucho trabajo. — Dijo y se levantó en dirección a la puerta.

— Xillen... — La llamé antes de que saliera. Ella se dio la vuelta y me miró con curiosidad. — Xillen, si salimos vivos de esta, te prometo que te llevaré.

Ella sonrió con deleite, se dio la vuelta y salió, dejándome sonriente y con un bienestar y seguridad de victoria.

— ¿Qué fue eso? — Preguntó Miguel, con suspicacia.

— Algún día le explicaré, — le dije soltando una carcajada, mientras seguía el camino de Xillen.

## VI

Durante dos semanas aguantamos el asedio de Heitter. Tal y como lo previmos, al día siguiente inició el ataque, pero nosotros lo resistimos. Lo intentó al día siguiente y también al siguiente, pero el resultado siempre era el mismo: nosotros resistíamos. Teníamos grandes bajas entre nuestras filas, pero causábamos un daño mayor a Heitter. En cuatro oportunidades intentó acercar arietes a las puertas del castillo, pero la oportuna salida de Miguel, al mando de un diezmado grupo de caballeros, lo impedía. Xillen ayudaba a las mujeres con los heridos, mientras que yo comandaba a los arqueros.

A las dos semanas, el campo que se extendía frente al castillo irradiaba una tranquilidad amenazadora. No había sol y desde el amanecer caía una llovizna constante que no amainaba, pero tampoco aumentaba. La tierra se convirtió en un barrizal, y los cuerpos que no fueron recogidos, comenzaron a emanar el olor de la muerte. La gente estaba cansada. Los alimentos escaseaban y nos resignamos a acabar con las ratas. Al principio se discutió la posibilidad de comerse a los caballos, pero los necesitábamos en caso de una salida. Sin embargo, los caballos morirían pronto. El heno ya casi se había acabado. La situación era desesperada.

Este día de sospechosa tranquilidad que nos regaló Heitter, nos dio la oportunidad de enterrar a los muertos y visitar a los heridos. La mayoría de los soldados dormían con ese sueño enfermo, pesado y terrible, después de casi catorce días sin pegar ojo.

Sin embargo, había una luz entre ese horror, y es que Andrés, a pesar de no contar con los alimentos y la asistencia necesaria, capoteó el temporal. Ahora, caminaba con dificultad por falta de fuerzas, pero trataba de mantenerse a nuestro ritmo. Los primeros días, me vi forzado a ordenar a un soldado que hiciese guardia y no permitiese a nuestro amigo levantarse, bajo ninguna excusa. No obstante, Andrés se mostró bastante terco al respecto y después de dos noches de discusiones, nos vimos obligados a permitirle acompañarnos durante la batalla, pero no le autorizábamos subir a la muralla. Entonces, para no sentirse inútil, él se encargó de los suministros de flechas y agua a las murallas y también a levantar el ánimo a las mujeres, hombres y niños que se encontraban en un estado de depresión absoluta por la más que segura derrota.

Caminaba entre los soldados, con un blanco vendaje que cubría el muñón resplandeciendo funestamente entre la multitud. Tomó bastante bien la pérdida del antebrazo. Inclusive habló con un herrero, para que le hiciese un guante metálico para el brazo mutilado, y le engastase una bola de hierro fundido. Ese día, andaba con la bola colgando a su lado.

Pero los signos de hambre y agotamiento se veían con claridad en la cara de todo hombre, mujer y niño que vivían en el castillo.

Abrumados no por la inevitable derrota por vía física, sino por la inanición, los cuatro nos reunimos en el mismo cuarto, en el que me hospedé después del golpe en la cabeza.

Miguel se sentó y colocó sus brazos en un gesto cansado sobre la mesa. Xillen se ubicó a su espalda y apoyó sus manos sobre los hombros de Miguel. Andrés jugaba con su bola y yo, me senté sobre la cama de pieles.

— ¿Qué vamos hacer ahora? — Preguntó Andrés a nadie en especial. Ninguno se atrevió a responder. — No creo que aguantemos más... — Insistió.

— Xillen... — Una idea apareció de repente en mi cabeza, pero necesitaba comprobar su funcionalidad antes de exponerla a mis amigos.

— Dime, amigo mío.

— ¿Crees que será posible encontrar refuerzos en algún lado? — Pregunté esperanzado. Miguel levantó los ojos y Andrés dejó de jugar con su bola; todos entendieron a qué iba mi pregunta y conteniendo el aliento, esperaron la respuesta de Xillen.

— No quería yo llegar a este extremo, pero la situación apremia y se necesita una solución, por más arriesgada que sea. — Nos helamos ante esas palabras. Había una solución, pero era algo tan peligroso, que aunque Xillen sabía de ella, no quiso exponerla antes. — Existen refuerzos yendo hacia el sur. Hay un castillo en ese lugar, más grande que en el que nosotros estamos y cuenta con gran cantidad de tropas frescas y listas para el combate...

— ¡Perfecto! — Exclamó Miguel. — Enviaremos a alguien que informe de nuestra situación.

— No. — Replicó quedamente Xillen. — No puedes hacer eso, amigo mío.

— ¿Qué? Xillen, ¿perdiste la cabeza? — Miguel imprecó. — Necesitamos de esos refuerzos.

— Lo sé, amigo mío. Más esta misión no la puede ejecutar un alma que no posea cuerpo propio. Es una misión que la llevará a cabo un guardián, ya que con este acto arriesga su vida y cumple una vez más con su papel. — Ella dijo todo esto con la cabeza gacha y evitando cualquier mirada.

— ¿Qué pasará si enviamos un alma sin cuerpo? — Pregunté. Mi mente se encontraba en las nubes y no entendí casi nada de lo que ella dijo.

— Esa alma pasará a pertenecer al bando contrario. Se dejará llevar por la emanación que todos ustedes sienten y será un tiempo y oportunidad perdida, que tan sólo nos acercará al indecoroso fin que tememos... — Xillen no terminó la frase. Todos sentimos que faltó algo.

— Entonces, estamos obligados a realizar el sacrificio. — Selló la oración Andrés. — Meditó un poco, esperando que alguno hablase, pero como guardamos silencio, tratando de tomar una decisión, él continuó: — Iré yo, qué carajos.

— ¡No! — Gritamos Miguel y yo al unísono.

Andrés quiso discutir, más miró la bola que descansaba sobre la mesa, siguió con la mirada la cadena hasta ver como se unía al muñón y comprendió nuestra negativa. Por fortuna entendió que no era por lástima que nosotros le impediéramos arriesgar su vida. De esa misión dependían las vidas de todos...

Y la indecisión descendió en la habitación y se tornó en niebla, colocando las tinieblas del silencio sobre nuestras bocas, iluminando nuestros ojos con la tenue luz de la súplica, esperando a que el otro tomase la gigantesca sentencia sobre el destino de todos nosotros...

...Y fue largo el silencio... ...Y duró toda la noche... ...Y el amanecer no trajo luz  
que disipara nuestras dudas...

## VII

Oscuridad total. Silencio absoluto y mortal. Soledad mortífera y embriagadora que recorre cada célula de mi cuerpo, obligándome a respingar ante cualquier ruido producido por ese silencio amenazante y enemigo. La adrenalina recorre mis venas como champaña barata que nadie echaría de menos si se llegase a derramar. Me arrastro entre la hierba como vil gusano, tratando de confundirme lo más posible con ella; intentando penetrar en el barro, para que ningún ser me distinga de este.

Hace frío, pero estoy sudando, preso de un miedo febril. Sin embargo eso es bueno. Mis sentidos están alerta y mi instinto de sobrevivencia me llena por completo, obligándome a recelar de todo lo que me rodea. Miro hacia atrás y me parece distinguir a mis amigos parados en la muralla, tratando de seguir mis movimientos. En una visión absurda, hasta me percato de la bola de Andrés, oscilando lentamente, mecida por una brisa salvaje, pullante. Siento un impulso ilógico de levantarme para darles a conocer mi posición, pero me contengo. Me mezclo aun más con el barro y la hierba. Aparento ser un cadáver más, uno más entre esos que cubren el campo...

Comienzo a avanzar despacio. Primero un brazo, luego el otro; una pierna, la otra... De repente descubro que no es tan difícil. Al contrario de todos los miedos que me invadieron, mientras mis amigos me bajaban en cuerda desde la muralla, no quedé helado. Conseguí avanzar, por lo menos unos metros.

A mi izquierda hay un bosque que es mi meta. Si llego hasta esos árboles, que aunque parecen monstruos fantásticos entre la oscuridad, estaré a salvo. Ahí me será más fácil ocultarme y escapar de las huestes de Heitter para conseguir ayuda.

En este momento, toda la misión que se nos encomendó, toda la vida en la Tierra y el Universo, y las vidas de Xillen, Miguel y Andrés, descansan sobre mis hombros. Sin embargo no me inmutó ante esa responsabilidad. De hecho, en este momento, lo importante es que yo sobreviva, que logre penetrar el cerco impuesto por Heitter, para llegar hasta nuestros posibles refuerzos y solicitar ayuda. Me concentro en ello. Me arrastro despacio, midiendo cada movimiento, regulando la respiración, pendiente de lo que ocurre alrededor.

A medida que me alejo del castillo, el miedo me golpea con más fuerza. Sin embargo lo ignoro, diciendo que todo está bien. Que nada puede pasar. Que seré invisible a los ojos de mis enemigos. Que la oscuridad, como un manto mágico, me aislará de aquellos que me busquen para hacerme daño.

Y avanzo...

Mientras el amanecer comienza a iluminar despacio las copas de los árboles, y los ruidos del bosque toman fuerza a medida que sus habitantes despiertan, me preparo para dormir. Subo al árbol más alto y frondoso que hay por los alrededores y, después de realizar algo parecido a un nido de pájaro en la intersección más gruesa de ramas, me acomodo para dormir. A pesar de que

dormí muy poco durante dos semanas y estaba realmente cansado, el sueño no viene. Quizás por el cansancio mismo o por la preocupación por mis amigos.

Sentí la movilización de las huestes de Heitter y por ende sabía que inició un nuevo ataque. Me extrañaba que él no nos sintiera. Tal vez sí lo hiciera, pero debido a que la mayoría de los guardianes se encontraban en el castillo, la emanación que debía producir mi cuerpo, quedaba sofocada por la de mis amigos.

Mis amigos...

Recordé la rifa que realizamos para determinar quién iría. Miguel y Andrés se ofrecieron de inmediato, pero el primero, por su carácter, era un riesgo enviarlo; el segundo, por estar todavía en período de recuperación. Así que Andrés quedó automáticamente fuera del concurso y participamos Xillen, Miguel y yo...

Salí favorecido...

Y en ese momento, mientras cavilaba sobre los hechos recientes, sentí como se estremecía todo en mi interior y mi corazón se cubría de escarcha. Me asusté. Nunca concebí esa sensación. Frío, vacío y terror. Algo ocurrió en el castillo. Alguien estaba en peligro....

Bajé de un salto del árbol. Quería regresar y ayudar en algo, por lo menos morir en el intento, pero no dejar a mis amigos en manos de quién sabe qué...

Comencé a devolverme y me detuve. La única manera en que podía ayudarles, era traer esa ayuda que tanto necesitábamos. Me di la vuelta y avancé con decisión, acelerando el paso, sin descuidar todo lo que ocurría alrededor.

Tenía que llegar lo más pronto posible al castillo.

Necesitábamos esa ayuda...

La necesitábamos pronto...